El Apóstol San Pablo, tan experimentado en las grandes crisis del espíritu, tan distinguido por las gracias del cielo, como conocedor de su propia debilidad, dice que "sentía satisfacción y gozo en las flaquezas de la humanidad, en los ultrajes del demonio, en las necesidades de la naturaleza, en las persecuciones de los hombres, en las angustias que sufría por Jesucristo; pues cuando estaba débil, y cuando, agobiado de todos estos males, conocía lo difícil que le era sostenerse, entonces era fuerte, porque entonces acudía con más fervor á la fuerza de Jesucristo, quien le daba gracia para soportarlos y vencerlos."[1]

En la Eucaristía se halla la fortaleza que domina y apacigua las horribles tempestades del alma. Si somos débiles y tímidos, la Eucaristía nos da instantáneamente fuerza y valor.

El corazón que lleva consigo á Jesús, y se consagra á Él por la confianza y el amor, romperá sin esfuerzo las olas del mundo y del pecado, al atravesar el mar proceloso de la vida, porque lleva en sí mismo la prenda segura de salvación.[2]

1 2ª á los Corintios. XII, 10.
2 Salm. CXVIII, 94.

REFLEXIÓN VI

LA VISITA.

¿Quid est homo, quod memor es ejus? ¿aut filius hominis quoniam visitas eum?

¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él, ó qué es el hijo del hombre para que tú le visites?

PSALM. VIII, 5.

I

ZACARÍAS, aquel sacerdote de la familia de Abias, aquel hombre justo á quien el arcángel Gabriel consoló, declarándole el feliz éxito de su oración en el próximo nacimiento del Bautista, aquel Profeta, cuyos labios desde esa visión misteriosa quedaron enmudecidos, no pronunció otras palabras, al desatarse su lengua, cuando por fin vió nacer al Precursor de Jesús, que las inspiradas por el Espíritu Santo en estos proféticos acentos: "Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador, en el seno de la familia de su sier-

vo David, según prometió por boca de sus Santos Profetas, que hubo desde los siglos antiguos, que nos salvaría de nuestros enemigos, y de la mano de los que nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente siempre su Santa Alianza; conforme al juramento que hizo á Abraham, nuestro padre, de otorgarnos esta gracia; para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los dias de nuestra vida."[1]

Tal fué el cántico de alegría y de gratitud con que el mundo afligido por la servidumbre de la culpa, celebró el advenimiento ardientemente suspirado de su Libertador. Zacarías habló en nombre de todas las generaciones que se habían hundido en el sepulcro, sin alcanzar el amable objeto de sus deseos: habló también por todos los que, con los ojos fijos en las profecías, veían cumplido el tiempo de la promesa y de la redención; habló, finalmente, por toda la Santa Iglesia, cuyos hijos en la época de la luz y de la gracia, vendrían á repetirlas, más de una vez, en la efusión de su agradecimiento.

El Verbo Eterno, Dios de bondad y sabiduría, visitó al mundo por sí mismo, revestido de nuestra naturaleza. El mundo era esclavo, necesitaba de libertad; el mundo era ignorante, necesitaba de maestro; el mundo estaba cubierto de tinieblas, necesitaba luz. La visita del Salvador á la tierra,

1 S. Luc. I, 68 y siguientes.

con su personal presencia, con el eco de su doctrina, con la influencia de sus ejemplos, con el poder de sus milagros, no tuvo otro fin que romper las cadenas del abismo, enmohecidas ya por el trascurso de cuatro mil años en el cuello de los descendientes de Adan; instruir la inteligencia y la voluntad en la verdad y en el bien, cuyas ideas estaban á punto de extinguirse en las regiones tenebrosas de la ciencia humana; atraer á los goces inmortales de la eternidad el espíritu sumergido en el caos de la degradación moral. No se puede traer á la memoria que el Señor descendió del cielo á la tierra, sin que llamen la atención y el amor de nuestra alma, los bienes que dispensó desde Bethleem, donde se dignó nacer, hasta el monte Olivete, desde donde subió al cielo. Esa visita de Dios á los hombres, en medio de los años, objeto de expectación para unos y de recuerdo para otros, es el gran suceso colocado en el centro del mundo moral; es el hecho capital de la historia, la demostración clara y copiosa de las misericordias divinas, coronada de belleza, de gloria y esplendor en las figuras, en las profecías, en los acontecimientos que le precedieron, y en los riquísimos frutos de gracia, de santidad y de virtud que la han seguido y que la seguirán hasta el último dia de los siglos. Donde quiera, pues, que exista un pecho agradecido, hallará eco la palabra de Zacarías: *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suae.*[1]

1 S. Luc. en el cap. ya citado.

II

Pero Jesús vive sobre la tierra en la Eucaristía, no obstante que ya pasó esa su visita en carne mortal, visible á nuestros ojos. Fecunda, como acabamos de ver, en beneficios para todo el género humano, esa misma visita, fué el preludio magnífico de la visita que había de hacer á cada uno de los hombres, por medio de la Eucaristía. Si en aquella vino del cielo á la tierra, en ésta viene del altar á nuestro corazón. Pero, debemos decirlo de una vez, aunque el Salvador se digna venir á nuestra alma muchas veces durante nuestra vida, sin embargo, hay dos ocasiones solemnes en que su amable visita aparece rodeada de singulares circunstancias, de extraordinarios favores, de una influencia decisiva para nuestro porvenir moral. Sí: cuando Jesús viene por primera vez al corazón, para aumentar la alegría, é imprimir el sello de la Divinidad en los dulces encantos de nuestra infancia; y cuando viene por última vez al alma que gime en las angustias de la muerte, en los momentos indescribibles de dejar esta vida y partir para la eternidad.

¡Ah! ¡Nuestra primera comunión . . . ! ¡Dia de ventura inolvidable! ¡Recuerdo que siempre nos acompaña, y que irá con nosotros hasta el sepulcro!

¿Es encantadora la primera edad de la vida? ¿Es dulce la sonrisa infantil? ¿Es grato el perfume que respira el corazón, envuelto aún en el ro-

paje de la inocencia . . . ? El lirio del valle que entreabre su fragante cáliz á los primeros rayos del sol, apenas puede dar una idea del corazón del niño, que recibe por primera vez á su Dios. Forzoso es confesar que la infancia misma debiera describirlo: la pluma no sabe trazar tan delicados rasgos.

Allá en los primeros años, cuando el alma comienza á conocer la verdad, cuando la lengua apenas ha aprendido á expresar el pensamiento, el corazón del niño recibe con ternura y amor la impresión de una idea, que le hiere con vehemencia, le enajena y le conmueve. Sí: adquiere la idea de Dios, y con ella, la fe en el Salvador Divino, que se dignó descender al mundo para redimirnos de la culpa y enseñarnos el camino del cielo. Y la imaginación ardiente de la infancia tan pronto se representa á Jesús con los dulcísimos encantos de un padre que ama á sus tiernos hijos, tan pronto se admira de los inauditos prodigios que de Él se refieren, tan pronto experimenta cierta melancolía, por no haber visto con sus propios ojos esos sitios memorables que fueron honrados con la presencia de Jesús. La educación cristiana va gradualmente fortificando estas ideas; la luz de la fe se hace cada vez más viva; la memoria del Salvador, con sus interesantes rasgos, con sus dulcísimos atractivos, con sus divinos detalles se establece, por fin, en la niñez, en ese corazón de cera donde quedan indelebles todas las impresiones. ¡Oh Redentor de los hombres! Los hijos de tu Iglesia así aprenden á conocerte, y aunque nacidos en pecado, y sujetos

á la triste condición de la debilidad humana, nunca olvidan ese amor con que descendiste del cielo; nunca olvidan esa visita que hiciste al mundo para darnos la vida. ¡Oh resplandor sobrenatural de la fe, que vienes á inundar de gloria los primeros destellos de nuestra razón, en la edad más risueña de la vida, en el apacible horizonte de la infancia! Mil veces para tí la bendición y la gratitud.

III

Tiene la infancia sus sinsabores, sus momentos tristes, sus horas de desconsuelo. Ciertos deseos no satisfechos, ciertos caprichos no halagados, el orgullo abatido, la desobediencia castigada, son otros tantos gérmenes de disgusto interior, que manifiestan ya esa rebelión lamentable de la carne contra el espíritu, de las pasiones contra la ley, de la perversidad contra la virtud, á que desgraciadamente nos sujetara el primer pecado. Pero en cambio, ¡qué deliciosa paz reina en el corazón! La experiencia no ha dejado todavía sus amargos desengaños; la sombra paternal, esa sombra benéfica y protectora, que después no volvemos á encontrar en el desierto de la vida, nos acoje y nos abriga, por más que oponga á veces, como debe, un justo dique á nuestras inclinaciones desordenadas; la agradable novedad que aparece en todos los objetos, y la ilusión de los goces con que nos brindan,

el hermoso contento del corazón, que ignora la desgracia. . . .

"Desearía yo haber visto á Jesús cuando estaba en el mundo," dice el tierno niño, reclinado en el regazo maternal. "¡Ah, hijo mio! responde la voz cariñosa de la madre: está muy cerca de tí: si tú supieras cuánto te ama." "¿Pero dónde está?" "¡Ah! ¡Qué feliz serás cuando venga á tu corazón! Sí, algún dia. . . . tal vez muy pronto. . . ." Y la amante madre estrecha al hijo en sus brazos. . . . Y las dulces lágrimas del niño enternecido, mojan el cuello de la madre. . . .

Comienza desde entonces aquel corazón, todavía no empañado por el vicio, á prestar oído más fiel á las instrucciones que recibe; á comprender, en medio de sus frívolos entretenimientos, que un negocio serio y de importantes consecuencias le aguarda; á meditar á solas, muchas veces sin quererlo, en esa felicidad que llenará su alma, cuando le lleven por primera vez á la mesa del Señor. Piensa con anhelo en la Divina Eucaristía; sus preguntas no cesan; un sentimiento de deseo y de respeto, que antes no había experimentado, le domina, le hace una dulce violencia, y le obliga á manifestar esa noble impaciencia, que antecede siempre á la posesión de un gran bien.

Por muy cortas que sean las facultades intelectuales del niño, llega á persuadirse de la necesidad que tiene de ser todo de Dios, para no ser eternamente desgraciado; y se persuade también de que esa consagración que ha de hacer de sí mismo al

Árbitro Supremo de su vida y de su destino, debe consumarse el dia venturoso de su primera comunión. Ya no es posible el silencio ni el disimulo; el pecho del niño, cada vez más conocedor de su futura dicha, arde en esperanzas; ya no acierta á hablar de otra cosa. Y se dedica, hasta donde puede, á ser mejor todos los dias, y se esfuerza en cumplir más exactamente sus deberes, y procura adquirir, no obstante la variabilidad de su carácter, la estabilidad y fijeza en el cumplimiento de la Ley Divina. Ese santo ardor era el que hacía decir á David, profundamente convencido de que sólo nuestra unión á la voluntad Divina constituye la verdadera felicidad de la vida presente: "Mi alma ha anhelado desear en todo tiempo tus preceptos."[1]

IV

Luce, por fin, la aurora del deseado dia. ¿No escuchais las palpitaciones de ese corazón que apenas ha podido gustar del sueño? ¿No veis en esa frente, radiante de inocencia, la hermosura de una alma que no ha pensado sino en Jesús, allá en su tranquilo descanso; que no deja de meditar en Jesús, cuando la mañana extiende sus primeros resplandores; que no ve ni admira en Jesús sino el manantial riquísimo de todo su auxilio y de todo su bien? *Si memor fui tui super stratum meum, in*

1 Salm. CXVIII, 20.

matutinis meditabor in te; quia fuisti adjutor meus.[1] ¿No presenciáis ese inusitado estremecimiento de veneración y de amor, con que el niño se acerca al templo y al altar? ¡Ah! No hablemos del magnífico aparato del Santuario, ni de la multitud que contempla, tiernamente conmovida, aquel espectáculo, ni de las azucenas y los lirios, emblemas de pureza y de candor, que en ese dia circundan el tabernáculo. Entremos, si nos es permitido, en ese corazón que recibe la primera visita de su Salvador. Allí escucharemos la voz del alma, que ya posee al amable objeto de sus deseos. ¿Pero qué? Si el alma, aunque quiera, no puede hablar. . . . La inmensa magnitud de su felicidad embarga sus potencias, y la hunde en un profundo silencio . . . . ¡Silencio misterioso, rico de ideas, de impresiones y de sentimientos! Tú eres el más digno de Dios, porque en momento tan solemne, ¿qué puede decir el corazón. . . ? Entretanto, Jesucristo, que es todo amor en la Eucaristía, es también todo amor en el corazón del tierno niño. "Oye, le dice, mis palabras: son las de un padre que te ama, como nadie te amará jamás. ¿Sabes cuánto he hecho por tí? Ese deseo que has tenido de que Yo viniera á visitarte, Yo te lo inspiré, para que vinieras á Mí. Aquí me tienes, pues. Aunque por todos títulos me perteneces, hoy he querido venir personalmente á tomar posesión de tu corazón; pero. . . . ya lo sabes: no me has de olvidar en todos los dias de tu vida. ¡Ay! Tú no conoces todavía los peligros

1 Salm. LXII, 7 y 8.